

ción! Te prevengo que si me la encuentro muchas veces tan melancólica como está hoy, le digo que la adoro. ¡Sí, sí! ¡Porque es escantadora tu mujer! ¡Daría yo todo lo dable por un rizo de sus cabellos! Adios, señor Ministro.

—¡Anda con Dios, loco!—le dijo Vaudrey dándole una palmada amistosa en el cuello.

—Loco ó no, como no la quieras mucho, voy á enamorarne de ella. Después de todo, mejor sería yo que otro. ¡Hasta la vista!

—¡Hasta la vista!—repitió Sulpicio.

Y seguía tratando de sonreír, pero sin conseguirlo. Desde allí se dirigió á su despacho, donde lo esperaban, amontonados, una porción de papeles y de expedientes que empezó á hojear, poniéndose á leer con un humor de todos los diablos.

X.

En medio del fastidio que le causaban las visitas que la señora de Vaudrey recibía en el Ministerio los miércoles, días señalados por ella *para quedarse en casa*, Adriana no experimentaba verdadera satisfacción más que cuando, por casualidad, Dionisio Ramel consentía en abandonar el

barrio de Batignoles para ir á verla, ó cuando Guy le llevaba noticias que la distraían.

Adriana sentíase horrorosamente aislada; no conocía á casi nadie en París. Desde que se instaló con su marido en la casa de la calzada de Antín no había tenido tiempo de hacer amistad con las señoras de los diputados, muchas de las cuales vivían en provincia ó en Versalles mismo, para mayor comodidad ó economía.

La entrada de su marido en el Ministerio le había proporcionado relaciones de esas que pudiéramos llamar oficiales, pero poco agradables, por lo mismo: señoras que la visitaban y que más que otra cosa parecían pretendientes ó clientes. Las recepciones oficiales la entristecían. Siempre era la misma conversación, llena de adulaciones ó de palabras intencionadas. Se hablaba de la próxima interpelación parlamentaria, de la mayoría ministerial, de los proyectos de ley anunciados, y siempre las mismas palabras lúgubres como torrentes, caían en sus oídos con la fastidiosa regularidad de gotas de lluvia. Hasta las jóvenes, educadas en aquel medio ambiente de la política palpitante, hablaban de la indisciplina de la mayoría, de los dictámenes ó de los escrutinios, como los tenderos hablan de negocios y de cosas de su oficio.

La pobre Adriana hacía esfuerzos sobrehumanos por interesarse en estos asuntos. Puesto que aquella era la vida de su marido, también debía ser la suya. Y sin embargo, había soñado con pasar de otro modo su juventud, y cuando amanecía un día claro y lleno de sol, sin poderlo remediar, recordaba tristemente las orillas del Isère y su casita de Grenoble.

Ocultaba cuidadosamente su melancolía, porque no ignoraba que le criticaban sus tristezas y retraimiento, y porque la mujer de un Ministro debe estar siempre sonriente y animada. Esto era lo que le repetía sin cesar la señora de Marsy cada vez que iba al palacio de la plaza Beauvau. Aquella mujer que apenas se ocupaba de su hijo, dejándolo crecer á la buena de Dios, delegando su maternidad en la abuela del chico, estaba alegre, constantemente alegre, después de una vida agitada de azares y de una viudez bastante dramática, á creer en lo que decía la gente. Procuraba ser para Adriana una consejera, una amiga íntima, un Mentor, y decía con frecuencia á su inseparable la de Gerson, que la señora de Vaudrey sería agradabilísima, encantadora, si tuviera un poco de *chic*.

—Desgraciadamente es una provinciana, no

está en el movimiento de París, y además no sabe una palabra de política.

—Ni siquiera se ocupa en eso—contestaba riendo á carcajadas, la bella señora de Gerson.

Ni siquiera se preocupaba, al decir de esas damas, en hacer su papel de esposa de un Ministro, sin desafinar. ¡Ah, si Sabina ó Blanca Gerson se hubieran encontrado en la posición de aquella lugareña! ¡Ya hubiese visto París lo que era bueno, lo que era una República á lo ateniense!

Sabina Marsy era lo que se llama un sabio, y daba, como quien no hace la cosa, á su amiga Adriana, multitud de consejos que parecían reproches disimulados por el tono cariñoso con que los formulaba. Blanca Gerson decía que bien hubiera podido la señora de Vaudrey, al mudarse al palacio de la plaza de Beauvau, estudiar siquiera el *Código del Ceremonial*.

Blanca había entrado poco á poco, por lo mismo que Sabina, en la intimidad de Adriana; por figurar, por darse aires de estar enteradas de lo que sucedía en el Ministerio, por ser las primeras en la lista de convidados el día que el Ministro diese un baile.

Sabina Marsy, después de haber tenido la manía de ser una artista protectora de pintores y

poetas, se empeñaba ahora en hacer en París el papel de un personaje político. La señora de Gerson, Blanca, como la llamaba Sabina, tenía la misma ambición, por el afán de figurar. Quería parecer algo, y todo la tentaba y todo la atraía. Perteneía, en cuerpo y alma, á esa máquina de complicado engranaje, brillante, ruidosa, rápida como una locomotora, que se llama el *chic*. El *chic*, palabra indefinida, indefinible, variable y sutil como un higrómetro capilar; tiranía parisiense que destruye más vidas de gentes á la moda, que víctimas inmola el Rey de Dahomey en los días de fiesta. Para Blanca todo en la vida agitada, sobreexcitada, nerviosa, enloquecida que llevaba, estaba reducido á estos dos términos inevitables: lo que era *chic* y lo que no era *chic*. Y no solamente la moda, el vestido, el sombrero, los guantes, el traje, la tela, la joya que se debía llevar, sino también el libro que se debía leer, la obra teatral á que se debía asistir, la partitura de opereta que se debía tocar al piano, los caramelos que se debían comer, la opinión que se debía tener, el cuadro de que se debía hablar, todo, absolutamente todo, era cuestión de *chic*.

La señora de Gerson hubiese preferido ver su honor comprometido, á ser ridícula en sus opinio-

nes y á decir una cosa que no fuese *chic*. Resultaba de aquí que todas las conversaciones de aquella mujer, que iba con frecuencia á visitar á la señora de Vaudrey, eran conocidas de antemano; que Adriana sabía con anticipación el pensamiento de Blanca, sobre tal ó cual hecho, y que para la señora de Gerson, las ideas no pasaban si no estaban selladas por el *chic*, como las monedas no pueden pasar si no están acuñadas en la Casa de la Moneda.

Blanca hubiese muerto de desesperación, si no se la hubiera visto en los salones del Presidente de la República un día de gran recepción, en el Palacio del Elíseo; en el Ministerio una noche de comedia; en la primera fila de la tribuna una tarde de interpelación parlamentaria; si no la saludaba un Ministro en las carreras el día del Gran Premio, ó si no asistía al barnizado de la Exposición de pinturas, ó al ensayo general de una obra á la moda; en una palabra, si no era de las primeras en todas partes. Esbelta, delgada, resistente como buena parisiense, arrastraba con mano de acero al pobre de su marido, siempre cansado y harto, á través de las recepciones, de los bailes, de las veladas, de los salones, hablando en voz alta, juzgándolo todo, charlando sin cesar, satis-

fecha de subir con la cabeza alta la gran escalera de un Ministerio, sintiendo una extraña voluptuosidad al hundir en las alfombras oficiales sus piecitos, como si sus talones estuviesen hechos para hollar las alfombras del Estado; orgullosa cuando un lacayo en voz muy alta, en medio del estruendo de una recepción lanzaba este apellido que quería decir un matrimonio á la moda, un matrimonio que no falta á ninguna fiesta:

— El señor y la señora de Gerson.

En tanto que su marido, harto, hastiado, rendido, con la cabeza pesada al salir de la oficina, después de comer de prisa, de ponerse de prisa el frac y la corbata blanca, de subir de prisa en su carruaje, de acompañar de prisa á su mujer, la dejaba para dormitar un poco en un rincón de cualquier salón de baile, despertaba de prisa, volvía de prisa á su casa, se acostaba de prisa, dormía de prisa y se levantaba lo mismo, arrastrando como un presidiario su cadena á aquella criatura infatigable, que sonreía con los demás, coqueteaba con los demás, valsaba con los demás, hablaba con los demás, y no guardaba para él, para su marido, más que los cansancios, los bostezos, las palideces y los dolores de cabeza.

Y para aquellos dos presidiarios de lo *chic*, el

invierno transcurría así, laborioso como los años de cadena perpetua, y era tiempo cuando llegaba el verano de que él y ella se fuesen á respirar el aire del mar ó á tomar el sol en el campo, á fin de confortar un poco sus cuerpos cansados y enfermizos, como decía Sabina Marsy.

— ¡ Ah! ¡ cuánto más me gusta á mí mi casita y la tranquilidad del hogar! — pensaba la señora de Vaudrey.

